

Domingo 16º. Tiempo Ordinario Año A

Lectio divina sobre Mt 13,24-43

Nos resulta tan obvio el mal, su experiencia nos es tan cotidiana que de necios sería atreverse a negar su realidad lo mismo que creerse libres de su poder. Y no hace falta, ¡bien lo sabemos!, asomarnos al mundo de los demás para toparnos con mal; para llegar a descubrir el rostro de la maldad y su eficacia basta con mirarnos a nosotros mismos, fijarnos, sin ir más lejos, en nuestro corazón y en nuestras manos para verlo cara a cara. Bien mirado, lo único que sobre el mal ponemos en discusión es a quién podríamos hacer responsable; y estamos tan inclinados a exculparnos a nosotros mismos que solemos echar la culpa a cualquier otro, empezando siempre por los que nos están más próximos. Jesús nos enseña hoy a convivir con el mal sin dejarle que crezca en nosotros.

²⁴Jesús les propuso esta otra parábola:

«Con el reino de los cielos sucede lo que con un hombre que sembró buena semilla en su campo.

²⁵Mientras todos dormían, vino su enemigo, sembró cizaña en medio del trigo y se fue. ²⁶Y cuando creció la hierba y se formó la espiga, apareció también la cizaña. ²⁷Entonces los siervos vinieron a decir al amo: ‘Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿Cómo es posible que tenga cizaña?’ ²⁸El les respondió: ‘Lo ha hecho un enemigo’. Le dijeron: ‘¿Quieres que vayamos a arrancarla?’ ²⁹El les dijo: ‘No, no sea que, al arrancar la cizaña, arranquéis con ella el trigo. ³⁰Dejad que crezcan juntos ambos hasta el tiempo de la siega; entonces diré a los segadores: Recoged primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla, pero el trigo amontonadlo en mi granero’».

³¹Les propuso otra parábola:

«Sucede con el reino de los cielos lo que con un grano de mostaza que un hombre toma y siembra en su campo. ³²Es la más pequeña de todas las semillas, pero cuando crece es mayor que las hortalizas y se hace como un árbol, hasta el punto de que las aves del cielo pueden anidar en sus ramas»

³³Les dijo otra parábola:

«Sucede con el reino de los cielos lo que con la levadura que una mujer toma y mete en tres medidas de harina, hasta que todo fermenta».

³⁴Jesús expuso todas estas cosas por medio de parábolas a la gente, y nada les decía sin utilizar parábolas, ³⁵para que se cumpliera lo anunciado por el profeta:

«Hablaré por medio de parábolas, publicaré lo que estaba oculto desde la creación del mundo»

³⁶Entonces dejó a la gente y se fue a la casa. Sus discípulos se le acercaron y le dijeron:

«Explicanos la parábola de la cizaña del campo»

³⁷Jesús les dijo:

«El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre. ³⁸El campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del reino; y la cizaña, los hijos del maligno. ³⁹El enemigo que la siembra es el diablo; la siega es el fin del mundo, y los segadores, los ángeles. ⁴⁰Así como se recoge la cizaña y se hace una hoguera con ella, así también sucederá en el fin del mundo. ⁴¹El Hijo del hombre enviará a sus ángeles, que recogerán de su reino a todos los que fueron causa de tropiezo y a los malvados, ⁴²y los echarán al horno de fuego. Allí llorarán y les rechinarán los dientes. ⁴³Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre. El que tenga oídos, que oiga».

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Jesús sigue hablando del reino en parábolas. Al símil de la siembra y su comentario, añade ahora tres nuevas parábolas que, aunque diversas en forma y contenido, ilustran dos modos de actuar, soberanos pero no del todo comprensibles, de Dios: cuando reina, Dios permite que mal y bien convivan y crezcan juntos; cuando reina, la presencia de Dios es tan imperceptible como poderosa su eficacia salvadora.

Con la primera parábola, la del trigo y la cizaña Jesús quiso proclamar una ley fundamental del reino de Dios: no todo lo que crece, tras su predicación, es trigo limpio; al mal que él no plantó, no lo va a extirpar antes de tiempo; la buena semilla ha de crecer junto a la mala, y madurar. El día ha de llegar en que se haga justicia; mientras tanto, a todo lo que haya germinado le concede una oportunidad. El discípulo debe saber convivir con el mal sin connivencias ni escándalo: Dios, como el sembrador, tiene paciencia con su campo, para que la sementera pueda dar su fruto. En el relato se puede oír la preocupación de Mateo por responder, con la parábola de Jesús, a una situación nueva en su comunidad: el mal es evidente entre los cristianos, el Reino de Dios no se identifica con la iglesia surgida de la resurrección. Habrá que acostumbrarse a responder a Dios junto a quien lo ignora e intentar hacer su voluntad entre quienes no la viven. La impaciencia no legitima al discípulo como tal, ¡mucho menos la intolerancia!, sólo sus buenas obras. Crecer junto al mal, sin hacerse malo, es la suerte del discípulo.

La doble parábola de la mostaza y de la levadura alude, para acentuar la exhortación a la esperanza, la fuerza germinal de un reino que, hoy apenas perceptible, acabará por imponerse. Una insignificante semilla, la de la mostaza, un escasa cantidad de levadura, logran lo impensable: ser hogar para los pájaros o hacer pan abundante. Inicios poco prometedores se convierten paulatina pero inexorablemente en grandes bienes. No hay que dejarse convencer por la apariencia; cuando Dios, su reino, está ya en acción, el bien está por venir.

El empecinamiento de Jesús de no hablar a la gente más que en parábolas encuentra de nuevo una razón, ahora, con todo, bien distinta de la que dio antes (cf. 13,10-17): la parábola, que más que describir insinúa, desvela velando, es el modo de publicar lo que ha permanecido oculto hasta el día en que Jesús lo descubre.

Y si, respondiendo a sus discípulos, explica puntualmente la parábola de la cizaña, será para fijar su atención en el futuro: no se trata ya de convivir con el mal, creciendo en bondad, sino de que la bondad no será definitiva hasta que no lo determine el Hijo del hombre en su día. Mientras no llegue el día de la cosecha, el bueno puede dejar de serlo y el malo también: la comunidad que ha de esperar la decisión última de Dios, es una comunidad no salvada todavía, aunque ya pueda vivir en la esperanza de serlo, si vive fiel en medio de la infidelidad.

II. MEDITAR: *aplicar lo que dice el texto a la vida*

Con la parábola de la cizaña y el trigo Jesús quiso aludir, sin aclararla del todo, a esa misteriosa presencia del mal en nuestro mundo y quiso, sobre todo, dar respuesta a nuestra angustia ante su amenazante poder. Más que enseñarnos algo sobre el misterio del mal, Jesús pretendía convencernos de la bondad de Dios, de su paciencia y su mesura con los malos; no buscaba de nosotros que nos conformáramos con la existencia del mal en torno nuestro, deseaba que no nos sintiéramos solos frente a él. No le negaba realidad ni empujaba su poder, pero no quería vernos muy temerosos ni preocupados en demasía. Intentaba hacernos amar a Dios más que temer el mal, su ausencia.

Con la parábola quiso Jesús transmitirnos dos convicciones muy suyas: el mal es real, como el mundo y como el hombre. Hay que contar, pues, con él en un mundo creado por Dios y dentro del hombre hecho a imagen de Dios. La creación, como el campo, ha quedado sembrada de él. De poco sirve discutir su origen, cuando lo decisivo es escapar a su poder.

Pero eso no es todo. Jesús enseña que hay que contar, en especial, con un Dios al que le preocupa esta presencia del mal en su mundo y en el hombre, un Dios que, por respeto al bien que coexiste junto al mal, da largas a su intervención debida. Como el señor del campo, Dios no piensa en cultivar males; si los soporta, es para no dañar el bien aún naciente, débil todavía, que lucha por crecer, que no se ha afirmado todavía; quiere que la bondad que, como el trigo, madure hasta el día de la cosecha. Mientras tanto, el destino del bien es convivir con el mal, sin convertirse en él; la suerte de la bondad está en competir con la maldad sin desesperar de sus fuerzas, seguro de su poder.

El Dios que Jesús nos anuncia es un Dios que permite que bien y *mal* coincidan, coexistan, se desarrollen juntos. No resulta fácil comprender esta decisión divina. A veces resulta tan escandalosa, tan chocante, la presencia del mal, que puede hacer inaceptable la existencia de Dios, intolerable su desinterés por la victoria de los malos sobre los buenos. Contando la parábola del trigo y la cizaña, Jesús no quiso contradecir esta nuestra experiencia, ni banalizó el dolor que produce sentir el mal en propia carne: bien sabía él que no todo lo que crece, tras su predicación, es trigo limpio. Pero estaba cierto de que llegará un día en que se hará justicia, cuando, por fin, venza el bien; mientras tanto, a todo lo que haya crecido se le concede una oportunidad; y la del bueno es seguir siéndolo; la del malo, poder dejar de serlo.

El discípulo debe saber convivir con el mal sin connivencias, ni pactos: tendrá que habituarse a responder a Dios junto a quien lo ignora e intentar hacer su voluntad entre quienes no la viven. Impacientarse con los malos no hace bueno al discípulo; desesperar de Dios sólo porque todavía existe el mal, es desconfiar en su empeño de vencerlo un día para siempre.

Algo deberemos aprender de esta paciencia de Dios. En primer lugar, tendría que sorprendernos la forma de reaccionar de Dios ante el mal. Como el labrador no desea que se le siegue el trigo apenas enraizado, Dios se permite esperar, porque no quiere dañar el bien que lucha por sobrevivir. La paciencia de Dios no es debilidad, sino fortaleza y, sobre todo, confianza en sí mismo y en el poder del bien: porque sabe que el mal no le sobrevivirá, puede dejarle vivir durante un tiempo. Mientras no llegue el día de la cosecha, el bueno puede dejar de serlo y el malo también: el cristiano tiene que saber que Dios ha tomado ya la decisión de vencer el mal existente en su corazón y en su entorno; pero ha de saber también que espera que los que aún viven del mal, o en medio de él, lo reconozcan y se salven.

Saber que el mal no sobrevivirá a Dios, supone reconocerle su malicia y su poder y confesar, al mismo tiempo, que no seremos presa de él para siempre, siempre que Dios sea nuestro Bien deseado aún o ya poseído. Quien puede perderse aún a Dios, no está a salvo todavía; pero, por eso mismo, puede vivir esperanzado por serlo: tener a la vista el mal, mantenerlo vivo en el corazón, puede ser una manera, imperfecta sí pero eficaz, de tener a Dios presente en nuestra vida, que todavía no hemos logrado sea del todo buena, y desea mantenerlo presente en nuestro corazón.

Y precisamente porque nos damos cuenta de que, siendo aún campo abonado por el mal, Dios nos tiene paciencia, deberíamos esforzarnos por ser más comprensivos, menos exigentes, con cuantos, a nuestro alrededor, no logran ser tan buenos como quisieran ellos o como nosotros ya somos. Es verdad que la paciencia de Dios con el mal imperante

pone a prueba nuestra comprensión y la fidelidad que le debemos: cuán agradable nos sería - ¡y cuántas veces no se lo hemos pedido! - que Dios destruyera a los que nos hacen daño. Que no lo haga, nos hace sentirnos defraudados por Él. Y sin embargo, tiene sus razones: como ha hecho tantas veces con nosotros, quiere dar al malvado una oportunidad para que cambie; demora su intervención, porque desea la mejoría del malo y la desaparición del mal.

Quien desea ser mejor, y no ya solamente bueno, se tiene paciencia consigo mismo, con el mal que descubre en su corazón; y, muy en especial, sabe tener paciencia con el mal que impera a su alrededor. Como el labrador de la parábola, como Jesús durante su vida, el cristiano sabe esperar la victoria del bien: no le defrauda el predominio aparente del mal. Y es que está seguro de que Dios un día, que llegará como ha de llegar el día de la cosecha, suprimirá definitivamente el mal: saber que el mal está ya condenado por Dios obliga al cristiano a ponerse a luchar, esforzándose por mejorarse y ilusionándose con dejar a los demás un mundo mejor, sin jamás desesperarse; porque quien desconfía de que no sucumbirá bajo el mal, no confía en Dios ni en el poder de su bondad.

Y ése sí que es el mal: pues nada puede Dios hacer con quien no se fía de su bondad o no soporta que tenga paciencia con los malvados. Tener un Dios paciente con el mal tiene sus consecuencias: hay que aceptarlas y aceptarle como es. Tiene, con todo, de bueno que quienes creemos en Él podemos aceptarnos a nosotros mismos, aunque no seamos buenos del todo, y aceptar nuestro mundo, tal como es. No cabe duda de que es una gran ventaja.